

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 28 NOVIEMBRE 1896. NÚM. 48

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

CARTA ABIERTA

Sr. D. Francisco Pi y Margall.

Muy señor mío y eminente correligionario: Mucho le he combatido á usted; no estoy conforme con algunas de sus ideas; mas como, aun cuando yo lo lamente, ejerce usted todavía gran influencia en el partido republicano, me dirijo á usted para esto de la fusión, después de haberlo hecho sin fruto á los señores Salmerón, Muro y Esquerdo.

No hay inconsecuencia en mi conducta al dirigirme á usted sin estar conforme con algunas de sus ideas. Convencido de que no han de predominar las absurdas, proféselas quien quiera, no me cuido de otra cosa que de ver si traemos la República. Después... ¿Pero á qué hablar de lo que haremos después, si esto, ni depende de nuestra voluntad ni ha de estar en nuestra mano impedir que sea lo que el pueblo quiera?

En la última velada celebrada en el Casino de su partido, prescindió usted de las intransigencias de siempre, predicando la unión de los republicanos para trabajar por el advenimiento de la República, sin imposiciones ni programas; y, por lo tanto, está usted ya en el verdadero terreno.

¿Por qué, pues, no da usted el paso que falta, licenciando su partido? El ejemplo, por venir de usted, en quien nadie puede sospechar la menor rectificación en punto á ideas, sería imitado por todos, de grado ó por fuerza, y llegaríamos en breve á la fusión, sin la cual no vendrá la República.

No quiero hablarle á usted de las ventajas que tal acto proporcionaría á su personalidad, por que, de realizarlo, no lo haría usted pensando en lo que particularmente le interesaba; sólo he de decirle que se colocaría, y esta vez con perfecto derecho y sobrada justicia, al frente del gran partido republicano.

Ese acto borraría además el recuerdo de sus pasadas intransigencias, aventaría las últimas cenizas de añejos rencores, y despertaría en todos nosotros noble emulación por imitarle á usted en el sacrificio de lo que nos es peculiar.

No abrigo la menor duda de que, si usted hiciera lo que le propongo, todos le imitarían; pero, suponiendo que alguno dejara de hacerlo, ese jamás volvería á levantarse en la opinión republicana, ansiosa hoy, más que nunca, de ver en sus hombres ilustres iniciativas generosas, actos viriles, resoluciones desinteresadas.

Probablemente esta excitación mía será desatendida por usted, como lo fueron los que hice á los señores ya citados; mas como antes de hacer algo que pienso quiero llamar á todas las puertas, hoy llamo á la de usted apro-

vechando la circunstancia de haberla entabiado con sus últimas declaraciones.

Sentiré equivocarme al dirigirme á usted, como me equivoqué al dirigirme á los demás jefes, mas no por mí: el amor que profeso á la República me ha hecho renunciar al propio desde hace algún tiempo; lo sentiré por el partido republicano, que no habrá encontrado un hombre capaz de sacrificar en su beneficio ni una letra de su programa, ni una pulgada de sus preocupaciones, ni un adarme de su consecuencia.

No espera su contestación, mas si viniera favorable, correría á ponerse á sus órdenes su atento servidor y correligionario

q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS.

ANTES DEL PARTO, ETC.

Se habla de una fusión *para todo*, esto es, para ir á la revolución y á los comicios. ¡Si habrá todavía inocentes entre nosotros!

Eso no puede ser, y no será: fusión hoy equivale á revolución, sin mezcla de voto alguno, á no ser en la acepción que equivale á juramento.

¡Una fusión para ir á las elecciones! El que se atreviese á indicarlo siquiera, sería silbado como un mal cómico de la legua.

¡Como! ¿Ha fracasado la Unión por antirevolucionaria, é íbamos á realizar una fusión ídem ídem, con el aditamento de la lucha electoral? Es una estupidez solamente el pensarlo.

Y diré más. Ni esa misma fusión revolucionaria puede hacerse, si antes no se mandan todos los programas á donde dicen que se fué el Padre no sé cuántos.

Si, es preciso ir á la fusión desligados de todas las brillantes majaderías que nos han impedido entendernos de verdad: principios, programas, consecuencia.... Mala peste en todas ellas, que á tan ruin situación nos han traído.

Hoy por hoy no nos hace falta más que este principio: *la República*; más que este programa: *traerla*; más que esta consecuencia: *conservarla*. ¿Por qué medios? Por todos, absolutamente por todos.

Si después de establecida hay quien se viene con escrúpulos, se le anula; quien la desacredita, se le envía á presidio; quien se subleva, se le fusila.

¿Que algún principio se resiente por esto? Como si no. Debemos parodiar y practicar en los primeros tiempos de la República la célebre frase de O'Donnell: «no moriré de empucho de legalidad.»

Pueden, por lo tanto, desechar sus temores los que creen que la fusión puede ser otra cosa que revolucionaria, antes del parto, en el parto y después del parto.

¡ABAJO LOS PROGRAMAS!

La idea se abre camino: cada día recibo nuevos testimonios. Lo que pareció una herejía al principio, va siendo ya la idea predominante.

Que se indignen y protesten los que no tienen otro mérito que el de una consecuencia llena de girones y remiendos, y los que no pueden destacarse más que entre pigmeos. El triunfo será en definitiva de los que prefieren ser súbditos en una República como la francesa, á ser jefes en una como la de Andorra.

Abajo los programas, que achican el pensamiento, limitan la acción, despiertan aspi-

raciones ridículas y alimentan egoismos chiquitos; esos programitas que, á pesar de su virtud infalible para hacer la felicidad de España, no han servido para acabar con la restauración, creando en cambio entre nosotros reyezuelos de guardarropía.

Poco á poco iremos lejos en este punto, como hemos ido en otros. Cuando comencé á combatir los jefes, (fatal pero ineludible consecuencia de los dichosos programas), estaba solo; hoy los jefes no son ni sombra de lo que fueron. ¡Y cómo los ponen ahora los mismos que se indignaban antes por lo que yo les decía! Es un encanto. Llegan á donde no llegué yo. Los discípulos sobrepujan al maestro: es la ley del progreso.

Igual, exactamente igual ha de ocurrir con los programas, y dentro de muy poco. Como es indispensable arrinconarlos para traer la República, y la República es indispensable que venga, los programas serán arrinconados.

Ya han empezado á considerarlos inútiles en varias partes. A las adhesiones insertas en números anteriores, hay que añadir hoy algunas.

Representantes de todas las fracciones republicanas de Cáceres, en vista de que la Junta Central de Unión republicana, á que ellos pertenecían, ha fracasado, acordaron hace pocos días *adherirse incondicionalmente á la nueva forma de FUSIÓN republicana*, y por si en Madrid se reclamase á provincias representaciones de cada una de ellas, quedaron comisionados por Cáceres los señores D. Eladio Marcos Calleja y D. Benigno Hurtado.

D. Isidoro Alvarez ha publicado un artículo en *La Justicia* (¡fíjarse bien, en *La Justicia*!), declarando que no podremos edificar nada mientras no destruyamos el viejo edificio, ó sean los *distintos programas* á que se aferran las actuales agrupaciones; añadiendo que si las fatalidades que pesan sobre la patria y las que se vislumbran para no lejana época no nos inducen á una sincera y fuerte unión ó fusión, es que no somos tales republicanos, y sí una taifa de vocingleros.

Y basta por hoy. En el número siguiente continuaré hablando de esto.

Vayan, pues, las fracciones doblando sus programitas, guardándolos en un cofrecito, que colocarán después donde les plazca, en un altarcito si quieren, ante el cual podrán arrodillarse y adorarlos.

Iba á aconsejarles que los expolvorearan con alcanfor ó pimienta para resguardarlos de la polilla; ¡más para qué, si no pueden estar ya más apolillados!

¡VIVA LA FUSIÓN!

La Revancha, de Valladolid, rompe por fin su silencio, para decir:

«Ni quisiera el salvador pensamiento de la fusión, en uno solo, de los partidos republicanos, con tanta valentía y tan irrefutable lógica defendido por EL MOTÍN, nos hizo despegar los labios á pesar de inspirarnos los mismos entusiasmos que movieran la castiza y brillante pluma de su ilustre director en defensa de tan práctica y salvadora idea.

(*Estimando, colega; pero conste que si no he borrado el elogio personal, como acostumbro, ha sido por no dejar manco el concepto*).

A continuación dice que abandona el mutismo en vista de los artículos de *El País*, y exclama:

«A la fusión, sí; pero no con aquellos que sienten frío en el corazón y vacilaciones en el cerebro; sin aquellos que, enamorados de su infalibilidad cuasi pontificia, han arrojado al cesto de los papeles viejos los deseos y clamores de la opinión republicana; sin

aquellos que, buscando siempre distingos y subterfugios para realizar toda empresa noble y levantada, han imposibilitado su desarrollo; sin aquellos que, entretenidos en formular programas y rebuscar procedimientos, no han encontrado uno que haya logrado aproximar á las huestes republicanas; sin aquellos, finalmente, que en veintidos años de trabajo, inspirados sin duda alguna por la mas sublime filosofía y el sentido práctico más indiscutible, han desorganizado en vez de organizar, han dividido en vez de sumar, han sembrado odios y desconfianzas en vez de establecer fraternidad y simpatía, y han alejado el triunfo de la República que manos más expertas y dirección más inteligente hubieran aproximado.

Esta lamentable serie de fracasos, debe infundir en esos hombres la firmísima resolución de abandonar la dirección de los partidos republicanos.

Unos jefes que en veintitres años de lucha no han conseguido la más insignificante ventaja sobre un enemigo tan débil y desprestigiado como el que nosotros combatimos, demuestran que carecen de las condiciones necesarias para conducirnos á la victoria.

Esto es hablar cual corresponde; es o es ser republicano. ¡Viva la fusión!

Es el primer viva que le doy. ¿Porqué? Por que hasta ahora, si bien tenía fe en su triunfo, no abrigaba la esperanza de que llegase tan pronto.

Dentro de dos meses, á lo sumo, el partido republicano la habrá impuesto, ó nos veremos en el caso de reconocer que no hay tal partido republicano.

Adelante, pues.

COLL Y PUIG

Ha muerto en Santander.

Fué un federal convencido, que no rehuyó sacrificios de ninguna clase, ocupó altos puestos en su partido, tuvo entereza de carácter, fundó y sostuvo el importante periódico *La Voz Montañesa*, que tantas persecuciones ha sufrido sin que esto amenguase ni por un momento la energía perseverante del Sr. Coll, y fué, en fin, un perfecto caballero en la vida social.

Tenía derecho como el que más á ver en sus últimos años implantada la República en España, y ha caído, como tantos otros, sin verla.

¡Estaremos condenados á ir cayendo todos lo mismo, por perder en luchas y rivalidades mezquinas las energías que debiéramos emplear en aunar las fuerzas para el esfuerzo supremo!

SOBRE EL JURADO

Alfredo Calderón ha escrito un artículo, hermoso como suyo, juzgando á los individuos del Jurado que condenó á Fernando Lozano á tres años y pico de prisión, extrañándose y doliéndose de que se hayan constituido en órgano de la saña de la reacción contra la libertad del pensamiento, y diciéndoles que acaban de dar á la institución un golpe de muerte, por haberse vuelto contra la conciencia pública para establecer en nuestro tiempo los negros y tristes días de las persecuciones dogmáticas, por haber sancionado con su veredicto la denuncia de una sociedad de inquisidores anónimos que no tienen siquiera el valor de sostener su acusación; llegando Calderón hasta suponer que el sueño de los ciudadanos que dictaron el veredicto habrá sido desde entonces intranquilo, inquieto y turbado.

Siento desvanecerle esa ilusión al ilustre compañero: los individuos esos habrán dormido como marmotas, ó como cualquiera otro animal de los que tienen fama de dormilones; para sentir remordimientos, es preciso tener conciencia del acto que se realiza, y lo mejor que puede pensarse de esos señores, es que no han pensado en la trascendencia de su fallo.

Lo he dicho antes de ahora: el Jurado, para ser una garantía de justicia, necesita sufrir una completa reforma. Mientraspuedan formar

parte de él, ya el tendero que roba en el peso y la medida, y por lo mismo se cree obligado á ser inexorable con los ladrones; ya el industrial que tiene clientela católica, y teme perderla si absuelve á un escritor heterodoxo; ya, en fin, todo aquel que no tenga la independencia necesaria para emitir el fallo, el Jurado dará resultados contraproducentes.

Y no entro en otras consideraciones acerca de la instrucción y la cultura que son necesarias para desempeñar tan alto y honroso cargo, por que en tal caso habría de ir muy lejos. Ya hablaré de esto en ocasión oportuna.

Hasta tanto, conste que si algún día me viese condenado por unos apreciables tenderos, me creería rebajado; y que preferiría haberlo sido por una Audiencia compuesta de hombres que supiesen lo que se hacían, para tener siquiera el gusto de desatarme en investivas contra ellos, recurso que no me quedaría tratándose del Jurado, puesto que á la mayoría de los individuos que lo componen habría que perdonarlos por la misma razón que Cristo tuvo para decir á su padre al ocuparse de sus enemigos: «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen!»

HABLE UNO

Vamos á cuentas.

Entre los individuos de la agonizante Junta Central, ¿no hay algunos que se dicen partidarios de la fusión? ¿Por qué no obligan á la Junta á que nombre á la fusión por heredera?

El que tuviese valor para proponerlo y la suerte de realizarlo, ese habría hecho él solo por la venida de la República más que todos juntos.

Pero entiéndase bien: la fusión, como en otro lugar digo, no puede ser más que revolucionaria. Nada de mistificaciones. Proclamarla con otra intención, de nada serviría.

Y hablo así, no sea que haya quien se contente con la palabra; fusión, sí, mas para hacer lo que la Unión no ha hecho, lo que ya no puede hacer.

Piénsenlo bien los individuos de la Junta Central, porque sería poco honroso para todos el que se separasen sin que, no digo ya una fracción, ni un hombre siquiera tuviese abnegación bastante para decir: «renuncio á mi puesto, á mi partido, á mi programa para facilitar la venida de la República.»

Aquí lo de Quevedo:

¿No ha de haber un espíritu valiente?

EL MAL, AGENTE DEL BIEN

Sin dejar de ser vergonzoso, va degenerando en risible lo que nos sucede á los republicanos.

No hay uno que no esté convencido de que la Unión y la carabina de Ambrosio son una misma cosa, y, sin embargo, los señores que forman la Junta Central se empeñan en sostenerla.

¿Secreto de esto? Para unos, el conservar puestos preeminentes que no volverán á tener; y para otros, el convencimiento de que con la Unión se ven dispensados de tomar iniciativas revolucionarias.

Con motivo de haberse separado *El País* de la Junta Central, se ha recrudecido en determinados republicanos el amor por ese cadáver, y no parece sino que vamos á desaparecer los republicanos si á ese cadáver se le da sepultura.

Nada de exageraciones. El fracaso de la Unión, es un mal indudablemente; mas no debe amilauarnos hasta el punto de suponer que los republicanos estamos perdidos por eso.

Vayamos resueltamente, honradamente y desinteresadamente á la fusión, y se confirmará, por esta vez al menos, el dicho de que del exceso del mal resulta en algunas ocasiones el bien.

Á JUAN LANAS

Y á todo esto ¿qué dices tú, Juanito?

¿Qué opinas de esa Unión que se retuerce entre las convulsiones de la agonía fingiendo salud y robustez?

¡Pobre Juanito! Muchas veces al atacar á los jefes, cosa que sorprendió á los estúpidos y dió pretexto á los miserables para suponer que podía hacerlo por los móviles á que ellos obedecen siempre, me pregunté: «¿Pero son los jefes realmente los culpables, ó lo es ese inocente Juanito que cree cuanto ellos dicen, les sirve de comparsa, y nunca se decide á empuñar la escoba para barrerlos?» Y estuve varias veces por contestarme: «Sí, suya es la culpa.»

Al oírte: «¡Ay, que me tocan á D. Manuel! ¡Ay, que le faltan á D. Francisco! ¡Ay, que se atreven con D. Nicolás!» me entraban ganas de decirte lo que te voy á decir ahora, en vista de que continuas más ciego cada día:

«Amigo Juanito (á) el Pueblo: El tiempo no pasa para ti; cada día estás haciendo más méritos para ganarte una placita en el Limbo.»

«Te falta todo, pan, abrigo, albergue; no te proteje la ley ni te ampara la justicia; tus hijos mueren, ó aquí de hambre, ó en Cuba del vómito; y en vez de tomar una resolución enérgica, te pasas el tiempo formulando quejas que nadie oye, lanzando amenazas de que todos se ríen, y contribuyendo á que unos cuantos caballeros cubran con tu nombre sus deficiencias y sus cobardías, al par que buscan tu apoyo para sancionarlas.»

Y ora te piden que te coligues, ora que te unas; ya que te votes, ya que te retraigas; un día te dan esperanzas, otro te las quitan... Todo, por supuesto, en interés tuyo, por salvarte, por redimirte...

¡Y tú, tan obediente, tan bonachón, yendo á donde te llevan, como el loro del cuento, debiendo ser tú quien marque rumbo á todos.

Sigue, sigue por ese camino, hijo mío, olvidándote de lo que cuadra á tu dignidad y conviene á tu interés, y contentándote con gritar: «¡viva éste! ¡viva aquél! ¡Soy federal! Soy progresista! ¡Soy centralista!» que al compás de esos ridículos gritos acabarán los monárquicos contigo.

Y á la vez continúa apoyando todas las faras de Uniones infecundas, y desoyendo á los que como yo te dicen:

«Tú, y sólo tú tienes la culpa de cuanto te ocurre. Si fueras débil, justo serías que te resignases; mas siendo fuerte, el único fuerte ¿por qué no lo demuestras imponiendo á todos tu voluntad?»

PADRE QUE DESHONRA Á SU HIJA

Antes de publicarse el número anterior, lei que una hija de D. Carlos se había fugado con un pintor italiano.

Sosteniendo yo que las faltas son personales, no quise nombrar para nada á D. Carlos; aparte que el ser enemigo de todo lo que yo defiende, no me autorizaba para burlarme de su desgracia como padre. Y respecto á su hija ¿con qué derecho la tomaría en boca, y menos profesando el principio de que debemos todos ser muy indulgentes con las faltas que reconocen por causa el amor? Por todas estas razones, no me ocupé del asunto.

Pero ¿cuál no habrá sido mi sorpresa al leer este padrón de ignominia arrojado después por D. Carlos contra su hija?

A LOS CARLISTAS.—Sois mi familia, mis hijos queridísimos, y me considero en el deber de anunciaros que otra hija mia, la que fué infanta doña Elvira, ha muerto para todos nosotros.

¡Que Dios, en su infinita misericordia, se apiade de aquella alma infeliz!

En este golpe terrible, que parte el corazón, me siento fortalecido por dos consuelos supremos: la gracia de estado, que pido con el fervor de siempre, y la seguridad de que no han de faltarme ni vuestras

oraciones ni vuestro cariño, que de todo me compensa.—Carlos.»

«¡Qué infame es todo esto!—exclamé al acabar de leerlo.—Toda la compasión que podía haber inspirado su desgracia, la ha trocado ese hombre en desprecio y asco hacia su persona. No hay, no puede haber en ningún caso disculpa para un padre que, por orgullo ó por una falsa idea de lo que es el honor, lanza ese estigma sobre la frente de una hija.»

Y dicho esto, me decidí á copiar estas líneas de mi querido colega *El País*, que ha sabido en la ocasión presente responder al sentimiento de todas las personas honradas:

«Si las fieras supiesen escribir, jamás hubieran suscripto documento semejante, porque por encima de todas las fieras estará siempre en el corazón de los padres una debilidad sublime: la de los hijos. El que no la sienta no es padre, no es siquiera hombre; es una cosa.»

La lectura de ese documento nos ha inspirado repugnancia y desprecio hacia ese hombre sin corazón, sin alma, sin conciencia, que invoca el nombre de Dios para mancharlo con una infamia.

Si, porque la infamia, y grande, es el renegar de una hija que, si cometió una falta, quizá fuera inspirada en la conducta licenciosa que observó siempre su padre.

Díganlo si no las húngaras aquellas de antaño; dígallo la virtuosa dama doña Margarita, que bajó al sepulcro ahogada, tal vez, por el rubor que le producía el libertinaje de su esposo; dígallo... pero ¿á que citar más ejemplos? No son menester.

Porque aunque D. Carlos fuera el hombre más casto y virtuoso del mundo, aunque pudiera arrojar «la primera piedra», esto no le daría derecho jamás á tener entrañas de Nerón.

¿Que opinan los carlistas del documento de su amo?

No lo sabemos.

Pero seguramente lo habrán encontrado de perlas. Al leerlo se estremecerán de placer, pasando por sus cerebros, como hermosa visión de horrores y de sangre, las carnicerías de Cuenca, de Olot...

Si; sentirían hondo placer, porque al fin y al cabo ese documento es alma de su alma; no es humano, es carlista.»

Muy bien dicho.

Desde el momento que el jefe de los Saballs, los Santacruz, los Rosas Samaniego, los Jergones y otros asesinos de ese jaez ha arrojado sobre una hija el estigma de la deshonra, no tiene derecho á que ningún hombre bien nacido tome por desgracia lo que á él le ha servido para una exhibición personal.

A la que hay que compadecer es á su hija, por haber venido al mundo de tal padre.

DATOS APABULLANTES

Bueno, pero bueno es el artículo titulado *El Empréstito* que, firmado por X., publica mi querido colega *La Revancha* de Valladolid.

En él se afirma que España sacó de América desde fines del siglo XV hasta principios del XVIII, ó sea en doscientos años ó poco más, el valor de cinco mil millones de duros en oro y plata, que hacen veinte y cinco millones de pesetas: es decir, mucho más dinero que el que había en todo el mundo antes del viaje de Cristóbal Colón.

Y si por todo el siglo XVIII y primer cuarto del XIX, en que perdimos las principales posesiones americanas, calculamos como traídos otros diez mil millones de pesetas, que no es mucho poner para un período de 150 años de explotación minera y comercial de tan vasto como riquísimo continente, tendremos como recibidos en metálico en España en el espacio indicado de poco más de tres siglos, la fabulosa cantidad de treinta y cinco mil millones de pesetas ó sean ciento setenta y cinco millones de kilogramos de plata, para cuyo transporte se necesitarían 17,500 vagones ó sean 1.166 trenes de 15 vagones con 10.000 kilogramos de carga cada uno; ó lo que es lo mismo, un solo tren cuya longitud total fuese de algo más de 122 kilómetros.

De todo lo cual resulta, que la monarquía española ha derrochado en el espacio de poco más de tres siglos la fortuna más colosal que han visto ni volverán á ver las edades, pues puede decirse, sin exageración, que durante los siglos XVI, XVII, XVIII y parte del XIX, el rey de España ha sido de hecho más rico que todos los demás soberanos de Europa juntos.

¡Y si siquiera hubieran empleado bien ese dinero! Pero, no.

Los reyes de la casa de Austria lo emplearon en guerras, en construir el Escorial, en las salas del Vaticano, en los jardines del Buen Retiro y en despoblar el reino transportando á otros países millones de ciudadanos útiles.

Y los de la casa de Borbón, en guerras de interés privado, en construcciones fastuosas y en las campañas que originó el Pacto de familia.

¿Que nación, termina el articulista, hubiera igualado á la nuestra en abundancia, magnificencia y esplendor, si estas inmensas riquezas, en vez de servir, como sirvieron en su mayor parte, para fomentar la holganza, sostener guerras injustas y en abatir á los pueblos y perseguir el pensamiento humano, hubiesen tenido un sabio, liberal y fructuoso empleo?

Por todas partes donde se mire, la monarquía ha representado siempre para España, la guerra, la humillación, en ocasiones al oprobio, y siempre la ruina. Así nos vemos.

LA SANGRE Y EL ORO

Al llegar á Santander enfermos y heridos varios soldados de Cuba se presentaron en la redacción de *La Voz Montañesa*, y, bajo su firma, denunciaron el mal trato que habían recibido á bordo del trasatlántico que los condujo, el *San Agustín*. Entre otras cosas dijeron:

«Todo lo que se diga es poco para hacer ver el abandono y el mal trato que se da á los enfermos. Comíamos lo siguiente: por la mañana, á las seis, nos daban en un caldero para diez hombres un café pésimo, peor que agua de achicorias. A las nueve y media comíamos un arroz peor que el café, desustanciado, con una tajada de carne, no mala á decir verdad, pero escasa. Una tajada para diez hombres.

Por la tarde, á eso de las cinco, comíamos sopa de macarrones, duros siempre, arroz con papas y un poco de carne; y ya no comíamos más hasta el día siguiente. En las comidas nos daban vino.

Dormir, sobre cubierta ó en los sollados, y los más enfermos en la pequeña enfermería.

Los enfermos graves comían un poco mejor, muy poco. Un pobre enfermo catalán murió abandonado en el suelo del sollado, dándonos inmensa pena á todos.

Y si comer lo hacíamos mal, beber era todavía peor. Todos juntos, lo mismo los que padecen enfermedades contagiosas que los que no, bebíamos por los mismos chupones, aspirando el agua del aljibe. Nos quejamos de que el agua amargaba, y fué mudada.»

¿Y que ha hecho esa Compañía jesuítica que se enriquece mientras toda España se arruina? Llevar á los tribunales á los que se han quejado.

Y podrá darse el caso de que esos honrados hijos del pueblo que han vertido su sangre por la patria ó perdido su salud, se vean en presidio por lamentarse de que la Trasatlántica los trata mal.

¡Qué falta está haciendo que Santa Justicia venga á derribar de sus altares á Don Dinero, explotador, tirano y verdugo de España desde la restauración acá!

Porque es inmoral y criminal que el oro valga hoy más que la sangre de los españoles.

CARIDAD EPISCOPAL

El arzobispo de Sevilla dice en un escrito que publica *El Defensor del Comercio*, refiriéndose á la catástrofe ocurrida el día 10 del actual en el Guadalquivir.

«... Lo quisiera, lo permitiera Aquel que es bondad infinita: así convendría.

¡Oh magnificencia!...»

¿Comentarios á esto? Los que le pone *La Revista de Tribunales* de aquella ciudad:

«Protestamos en la forma más solemne de la falta de piedad y de respeto que, para los que sufren, significan ó revelan esos conceptos á cuya crítica tenemos perfecto derecho, como trabajo periodístico; protestamos, con todas las energías de nuestra alma, de eso que... podrá ser muy hermoso como dogma, pero que es muy cruel para la realidad de tantas familias como hoy lloran la eterna pérdida de esos pedazos del corazón que se llaman hijos, padres ó esposos; pro-

testamos, como seguramente lo hará, siquiera sea albergando la protesta en los pliegues de lo más recóndito, toda conciencia honrada, de eso, exabrupto ó meditado, que, dado al público en las columnas de un periódico, constituye la más grande violación del sentimiento humano.»

No está mal todo eso, mas creo que el colega se ha indignado sin razón. ¿Es ó no es obispo el que así escribe? Pues si lo es, no debe extrañarse de que emplee tal lenguaje.

Lo que quisiera que me dijese Su Ilustrísima, es cómo me las arreglo para contestar al que me pregunte qué entiendo por bondad infinita de Dios, pues no acierto á explicarme que la tal bondad se manifieste permitiendo que 19 cristianos sean víctimas de catástrofe semejante.

Es verdad que, como varias veces he tenido el honor de confesar, no entiendo un pitoche de nada de lo que dicen que ocurre de tejas arriba.

De lo que me alegro mucho, entre paréntesis.

BIEN POR MAL

Esto es lo que devuelve *La Alianza*, periódico de Granada.

Acaba de ser condenado su director á no recuerdo qué pena á petición del Habilitado de aquella diócesis, y él, dando una prueba de sus elevados sentimientos, escribe un artículo titulado *El arzobispo de Granada*, del que entresacamos estos párrafos:

«En cuanto á nuestro respetable Prelado, poco tenemos que decir, toda vez que cierta parte de público lo califica de muy bueno, sin que nosotros nos pongamos desmentirlo, porque jamás ha sido ese nuestro ánimo.

Para ellos tenemos grandes pruebas y evidentes razones, como se acredita por el número de seres á quienes presta su apoyo y protección, llegando su bondad á tal extremo que se puede decir no reconoce límites.

De esto bien puede hablar ese habilitado López Montes, á quien tomó de criado en Málaga siendo penitenciario S. E., y como era un niño que no tenía medios de subsistencia ni calor de nadie, le inspiró tanta compasión y le prodigó tanto cariño, que no lo separaba de su lado, y hasta se dice que le mitigaba todos sus sinsabores; y como lo benignidad del señor Arzobispo es tan grande, aún le conserva ese cariño en tan alto grado, que todo cuanto hace y dice López Montes le parece bien, teniendo hasta hoy la gran suerte de que no se les haya atravesado ningún hueso.

Así es que López Montes ha subido como la espuma, y aunque cuando vino á Granada aun era un pobrete, en los diez años que lleva de habilitación se ha convertido en millonario en tal forma, que no tendrá hoy menos de siete ó ocho millones, de lo cual el Sr. Arzobispo, como lo quiere tanto, se muestra muy satisfecho, y lo que siente es no poder hacerle mayores beneficios, según de público se dice.

Es más, como la bondad de S. E. es tan elástica, le sucede lo mismo con Juanico Arias, su paje predilecto, que también se ha convertido en un capitalista que maneja ya muchos miles de duros.

De igual modo se muestra bondadoso con D. Sinforiano, su barbero, que vive dentro del palacio, y á quien estima grandemente y lo protege en términos, que ya se nos dice está convertido en un capitalista que posee muchos miles de duros.

A un sobrino de este D. Sinforiano, niño muy vivo y discreto, que cuenta solo diez á once años, le profesa un cariño también escepcional, pues vive en las habitaciones del palacio, y come á la mesa con S. E. En fin, se nos dice que se muestra con el indicado niño tan sumamente cariñoso, que no puede ser más.

Y es que como S. E. es tan compasivo y tan benigno con todos los que le rodean y que saben tratarlo y tenerlo gustoso, se desvive por hacer la felicidad de todos ellos; y es más, llega su bondad á tanto, que hasta tolera de esa inocente criatura libertades y abusos propios de su edad, sin que por ello se incommode en poco ni en mucho.

Por eso nosotros sólo podemos decir, que su carácter es bondadoso, á pesar de las censuras del público tachándole de que no dá limosnas ni socorre necesidades como lo hacía su antecesor el que en vida fué Ilustrísimo Sr. D. Bienvenido Monzón; y si tolera los actos de cuantos le rodean y especialmente de ese habilitado López Montes, obedece á su bondad

y al cariño que le profesa desde que era joven imberbe.

Tal es lo que de público se dice y lo que nosotros sinceramente exponemos con la claridad que tenemos de costumbre, poniendo las cosas y personas en su verdadero lugar, sin la menor idea de producir ninguna clase de molestias.

Pareciéndole poco aun lo dicho, *La Alianza* publica á continuación otro articulo bajo el título *El Señor arzobispo reprobando los vicios*, que textualmente dice así:

«Se ha dicho que el Sr. Arzobispo de esta diócesis, se propone dirigir una pastoral reprobando los excesos y los vicios arraigados en la moderna sociedad.

Uno de los que se dice que habrá de tratar más duramente, condenándolo en absoluto, lo es ese vicio infernal de la sodomía, tan arraigado hasta en personas de gran representación.

Desde luego estamos conformes en que así lo haga, porque en verdad semejante corrupción merece toda clase de reproches, ya que no se pone al alcance de la Ley para su represión y castigo.

Así creemos que debe anatematizarse y adoptar medidas enérgicas para su extirpación, y nadie más autorizado ni más á propósito que S. E. para reprimir tan grandes defectos en la sociedad en que vivimos, para lo cual S. E. con su gran oratoria y privilegiado talento, ayudado de las eminencias que le rodean, Sr. Arias, Sr. Merino y otros muchos, podrá conseguir el objeto que se propone, para cuyo fin nosotros le ayudaremos en la medida de nuestras fuerzas.»

Felicitemos al colega por su conducta noble y generosa, que ha desmentido el dicho vulgar de que donde las dan las toman, y que acaso evite que en el palacio arzobispal sigan teniéndole entre ojos, y echen un velo sobre lo pasado sin volver la vista atrás.

UNA PÁGINA DEL LIBRO «ROMA»

Pedro Froment penetró el primero por un corredor sombrío en la espantosa estancia, donde una madre acababa de suicidarse con sus cinco hijos por hambre y desesperación: un drama de miseria que iba á producir escalofríos á todo París durante algunas horas.

Ni un mueble, ni una ropa; todo había ido á parar, pieza por pieza, á casa del prestamista próximo. Nada más que el brasero, aún humeante. Sobre un jergón medio vacío estaba la madre caída, dando de mamar á su último hijo, un pequeñuelo de tres meses; una gota de sangre colgada del pezón hacia el cual tendían los ávidos labios del niño muerto.

Dos niñas rubias de tres y cinco años dormían también allí su eterno sueño, una al lado de la otra, en tanto que se veía á uno de los muchachos mayores con la cabeza entre las manos, caído contra el muro, y el otro agonizaba en el suelo, en una posición como si se hubiera arrastrado con las rodillas para abrir la ventana.

Los vecinos que acudieron contaban la banal, la horrible historia: una lenta ruina, el padre que no encuentra trabajo y se deja quizás arrastrar por la bebida, el propietario que se cansa de esperar y amenaza con poner los trastos en la calle, la madre que pierde la cabeza y decide á sus hijos á morir con ella, mientras su hombre recorre en vano las calles.

Cuando llegó el comisario, entró el desgraciado padre; lo vió y lo comprendió todo, y cayendo como un buey abrumado por la carga, lanzó un lamento incesante, un grito de muerte tal que toda la calle, sterrada, lloró.

Este grito de raza condenada que muere en el abandono y en el hambre, lo llevaba Pedro en el fondo de sus oídos, en el fondo de su corazón, y no pudo comer ni dormir en aquella noche. ¿Es posible semejante abominación, un desamparo tan completo, la miseria negra que conduce á la muerte, en medio de este gran París repleto de riquezas, ebrio de goces, tirando para el placer los millones á la calle? ¿Cómo! ¿Por una parte tan grandes fortunas, tan inútiles caprichos satisfechos, tantas vidas colmadas de todos los honores; y por otra una pobreza descarnada, ni aun pan, ninguna esperanza, las madres matándose con sus hijos, á los que no tienen otra cosa que dar que la sangre de sus secos pechos!

E indignado, tuvo un instante conciencia de la irrisoria utilidad de la caridad. ¿Para qué servía lo que él hacía, recojer á los niños, socorrer á los padres, prolongar los sufrimientos de los ancianos? El edificio social está podrido por la base, y todo tiene que hundirse entre el lodo y la sangre. Sólo un gran acto de justicia puede barrer el viejo mundo para reconstituir el nuevo.

Y en este momento Pedro sintió tan claramente el

rompimiento irreparable, el mal sin remedio, la llaga de la miseria, mortal de necesidad, que comprendió á los violentos, y él mismo se vió dispuesto á aceptar el huracán devastador y purificador, la tierra regenerada por el hierro y el fuego, como antiguamente cuando el Dios terrible enviaba el incendio para saquear las ciudades malditas.

EMILIO ZOLA.

COSILLAS

En la sesión del 12 de Junio de 1876, al discutirse en el Senado la base religiosa de la Constitución, dijo el presidente del Consejo de ministros, Sr. Cánovas del Castillo:

«Si se pretende llevar á los tribunales á todos los que profesan doctrinas contrarias al catolicismo, fuerza es tener el valor de confesarlo, sería necesario perseguir á casi toda la ciencia moderna.»

Los jurados que han condenado á presidio á *Demófilo*, con seguridad no sabían que Cánovas había dicho eso.

Aun cuando es probable que, si llegan por casualidad á enterarse, no se hubieran propagado á entenderlo.

Hay inteligencias muy tímidas y muy prudentes.

LUCHA Á MUERTE

Incontestablemente, la lucha entre la Iglesia y el Estado tiene por ambas partes el carácter de una guerra de exterminio; este es un punto sobre el cual no es lícito engañarse á ningún hombre inteligente que sepa distinguir los fines inconscientes de la Historia y los objetos que se persigue deliberadamente en un momento dado.

La Iglesia quiere hacer del Estado un guardia suyo; el Estado rebajar á la Iglesia al nivel de una asociación cuya tutela conserve; pero el sentido íntimo y más profundo de esta lucha, está en la decisión de esta cuestión: para la conciencia de la humanidad actual, ¿pertenece la preeminencia al mundo invisible ó al mundo visible, al cielo ó á la tierra, á la eternidad ó al siglo? ¿Es el interés religioso ó el interés mundano, el interés cristiano ó el de la cultura, el que pesa más en la balanza?

Muchas gentes hablan ó escriben con motivo de la lucha por la cultura, por cuyas peripecias pasamos, pero solamente un corto número se da cuenta de esto: de que esta lucha es la última; que es el esfuerzo desesperado de la idea cristiana, llamada á abandonar la escena de la Historia; de que se trata para la cultura moderna de ser ó no ser, y de que, para defender sus grandes conquistas, no la es preciso menos que la entera disposición y el enérgico empleo de todas sus fuerzas.

HARTMANN.—(La religión del porvenir.)

ESBOZOS DE IDEAS

Es admirable la facilidad con que los espíritus adocenados se proveen de diez ó doce máximas vulgares para dispararlas sin ton ni son durante su prosaica é inútil vida, librándose así del feo vicio de pensar por su cuenta alguna vez que otra.

Una de las que más se repiten en la jerga política, es la de que deben combatirse las ideas y no atacar á las personas, máxima que nadie cumple, pero que tampoco se atreve nadie á calificar de falsa.

Despreciamos la opinión de los necios, aun cuando sea la más numerosa, y sigamos combatiendo á las personas que desacreditan las ideas, se oponen á su desarrollo ó impiden su triunfo.

Cuando á cualquier bribón se le antoja que Dios necesita de su auxilio y defensa, no hay quien lo resista.

Según él y todos los de su calaña, Dios es infinitamente sabio, justo, y poderoso; castiga á los malos, premia á los buenos; nada se le escapa de lo que el hombre hace, dice y piensa, y sin embargo, creen que si ellos no lo defienden, Dios está perdido.

Los protectores que le salen á Dios, son los que hacen al hombre dudar de su justicia, y hasta de su existencia.

DISPAROS

Las causas instruidas á varios concejales del Ayuntamiento de Madrid á consecuencia de las denuncias hechas por el marqués de Cabriñana, se van sobreseyendo sucesivamente.

Era de esperar: el reinado de la justicia no es el de los Cánovas y Sagasta.

Por otra parte, nada más puesto en razón que sean declarados inocentes esos concejales, en un país donde se condena á presidio á un escritor honrado como *Demófilo*.

¿Como se llama la mujer que cayó al suelo en la plaza de las Cortes? María Soria.

¿Qué dijeron los médicos de la Casa de Socorro? Que había caído exánime por falta de alimentación.

¿Porqué se negó á ir al hospital? Porque dejaba en su domicilio dos hijos sin pan, y no sabía lo que sería de ellos.

¿Que cómo siguen las hermanas sablacistas? Tan gordas, tan coloradas y tan bien vestidas.

¿Que si creo que la caridad católica es una gran mentira? Y tanto como la creo.

La hija de don Carlos que ha huido con un pintor, ha sido educada católicamente.

El pintor favorecido pertenece al partido clerical italiano, tiene un título pontificio y se halla emparentado con gente de la curia romana.

Sirva esto de disculpa á la conducta de ambos.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Se dará á peseta á los lectores de todos los periódicos republicanos.

Pago adelantado, siendo el certificado (25 céntimos), de cuenta del que pida.

FOLLETOS NUEVOS

15 CÉNTIMOS UNO

LAS SESENTA Y SIETE
CÉLEBRES PREGUNTAS

DE
ZAPATA

Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

CARTA

DE

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND
AL PAPA PIO VII

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CÉNTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

Los reyes con mote, por *El Motin*. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por id.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿Cuál es la religión de Jesús-Cristo? Discours pronunciado por un obrero en el círculo *La paz*, de Lieja (Bélgica), traducido por Julio Fernández Mateo.

Cartas de Tayllerand, al obispo de Clermont y al abate Maury.

Poesías místicas, por autores renombrados, recopiladas por *El Motin*.

Máximas inmorales de los jesuitas.

La mendicidad y la Iglesia, por Laurent.

Máximas pornográficas de los Jesuitas.

Cartas á Eugenia, por Frére.

O catolicismo ó democracia, por F. Laurent.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.